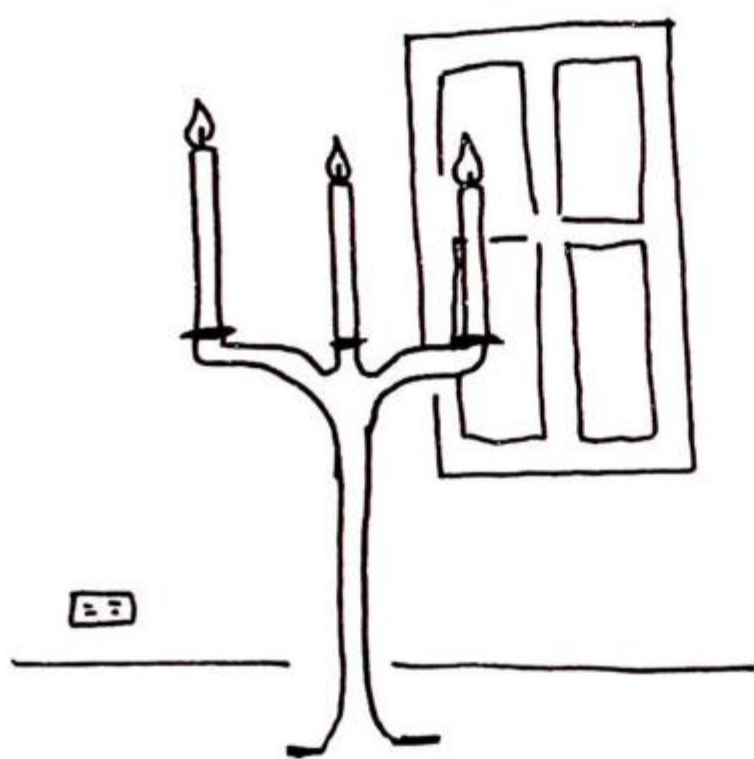


por sus propios protagonistas, en su gran mayoría abocados a vivir prácticamente sin ilusiones legítimas, carecen de simbolismo. Aunque a lo mejor en esto radique su trascendencia: en la negación de toda trascendencia. Es, sin más allá, la vida humana que torna a lo animal o, lo que es peor, a lo mineral, donde por exceso de todo lo prohibido (sexo, violencia, droga, miseria) se llega a la insensibilidad, como le ocurre a El Gale, que, de tanto pegante consumido, llega un día al extremo límite de no poder trabarse.



Aunque no es, precisamente, el de El Gale, último de los nueve relatos que conforman esta obra, el más preciso modelo de la degradación humana. Este mérito —¿será mejor decir demérito?— se lo lleva el designado con el muy ilustrativo título de *La vida es una hoya*. Su protagonista: un anónimo ladrón de la famosa calle bogotana de El Cartucho, cuya vida en verdad resulta terriblemente conmovedora. Él es una especie de Lazarillo sin remisión, cuya única y tirana ama resulta ser la poderosa doña Money, que “no da espera” (pág. 165).

Nunca imaginadas por los más osados e iconoclastas autores literarios (Poe, Kafka, Dante, Borges, García Márquez, por ejemplo), estas historias, escritas con cuidado estético, a pesar de la intención de no parecerlo por el uso del lenguaje coloquial bastante bien logrado en el registro lingüístico de los variados personajes, desbordan los límites de la más cruda realidad. Y resulta, en

verdad, inaudito que junto a las vidas más anodinas que transcurren entre el centro, las universidades, colegios, tabernas y barrios de todos los estratos sociales de nuestra capital, ocurran tantas situaciones —discúlpeme la autora por la carga moralista del término, que ella evitó a toda costa, mas quizá no hay otro— *abyectas*. Tal vez, sin embargo, este calificativo sea el más apropiado para hacerle eco al subtítulo de la obra, que insiste en su realidad verdadera: en que esto no es un juego: en que la materia de estos relatos no es ese *reste* al que Verlaine llamó literatura.

Por lo demás, respeto la posición de la autora precisada al comienzo del libro, en el que, haciendo la salvedad de que sus textos no son retratos de los jóvenes bogotanos actuales, pero que sin embargo los expresan en sus esencialidades, propone importantes ideas acerca de la generación que en pocos años llevará el país a cuestras. Ella afirma que se trata de una juventud que crea nuevos lenguajes, aunque no tenga ideales políticos ni sociales; que se droga, no por adicción ni por debilidad, sino como una forma de romper con la cotidianidad y de socializarse; que ha roto tabúes como el ligamen entre el sexo y el amor (págs. 13-14). Pero, me pregunto, por ejemplo, si es más esperanzador este presente en el que las cuitas de los jóvenes no involucran en modo alguno aquella imposibilidad de comunión física y espiritual con su comprometida amada, que llevó al suicidio —ficticiamente, desde luego, qué se le va a hacer— hace doscientos cuarenta años a un joven llamado Werther.

A pesar del optimismo que Marta Ruiz manifiesta al comienzo de su libro en relación con el futuro de los jóvenes bogotanos, lo que se manifiesta en la estrategia narrativa de los textos —se trata de relatos con finales abiertos, con lo que tal vez se sugiere la posibilidad de una salida de la hoya—; no sé hasta qué punto se pueda afirmar que esta nueva generación sin ideales, forjada sobre las calles desoladamente atiborradas de la actual Babelgotá, acceda a la se-

gunda oportunidad sobre la tierra negada a los dos últimos enamorados y jóvenes habitantes de Macondo.

ANTONIO  
SILVERA ARENAS

## Qué pobres son los ricos de este país, amigo Midas

### Delirio

Laura Restrepo

Alfaguara, Bogotá, 2004, 342 págs.

Una niña bien y un profesor de literatura, dieciséis años de diferencia, y la desigual relación que se acrecienta y fortifica cuando la mujer, Agustina Londoño, es literalmente absorbida por la vorágine de su delirio y Aguilar, el profesor cesante que ahora vende comida para perros, indaga en su pasado, en su incomprensible presente.

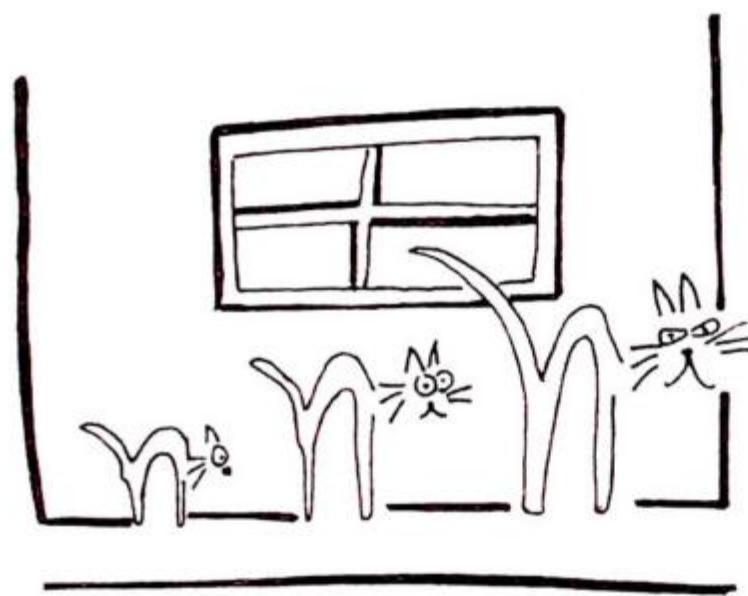
Se fue Aguilar a pasar tres días de vacaciones con sus dos hijos del primer matrimonio, y a su regreso su mujer ha desaparecido. La encontrará, finalmente, acucillada, muda, en un rincón de una habitación, en un hotel del norte de Bogotá. La dejó (aparentemente) feliz, pintando de verde su apartamento, y ahora la recobrará desquiciada. ¿Qué ha pasado?

¿Es un individual caso clínico o será —como lo insinuaba la autora en el diálogo público que sostuvimos el 20 de mayo de 2004 en el Club El Nogal, precisamente el restaurado club donde murieron 36 personas el 7 de febrero de 2003, por un carro bomba puesto por las Farc—, que todos los colombianos estamos un poco locos ante las circunstancias que nos hieren y afectan?

La indagación, entre detectivesca y psicoanalista, en las raíces que determinaron esta crisis, se halla sostenida en varias voces que entrecruzadas sostienen el recuento y cuyo



contrapunto agiliza la trama e incrementa el suspenso. La más remota y lírica es la del abuelo alemán, Portulinus, quien, instalado en Sasaima, ese lugar de tierra caliente próximo a Bogotá que Laura Restrepo siempre introduce como nombre-talismán en todas sus novelas, y desde su profesión de músico, también nos abre abismos. Los ruidos del silencio y la capacidad curativa del agua terminan por ahogarlo, literalmente, en un río cercano al poblado. Ese río Dulce, donde, loco como su hermana, también se suicidara, salmodiando en orden alfabético todos los ríos alemanes.



Con la inquietante imprecisión de los sueños dejará su herencia a una muchacha que interpreta *El Danubio azul* y *La gata golosa*, una popular canción bogotana, y a quien confunde con el ángel genitor de su inspiración. Primer delirio de un clan familiar falsamente normal.

Otra voz es la que nos muestra, desde la óptica de Agustina, la relación de ésta con su padre, Carlos Vicente Londoño; su madre, Eugenia, su tía, Sofía, hijas del alemán, y sus hermanos, sobre uno de los cuales ejerce su protección mágica y posesiva. Al final este hermano menor se definirá como homosexual, en frontal repudio al padre. Los rituales de Agustina con su hermano menor, de turbia sexualidad incipiente, giran en torno a las fotos que su padre, fetichista de la revista *Playboy*, le ha tomado a su amante, la mismísima tía Sofía, verdadera madre sustituta de todos ellos y ahora culpabilizada enfermera de su sobrina delirante. Este secreto consentido sobre el cual se sustentaba

la familia ha estallado ahora y afectará a Agustina de modo aún más incisivo que la remota locura del abuelo. Se trata de un feroz duelo de poderes en torno a la figura del padre y a las hipócritas mentiras con que todos tratan de fingir un rostro ecuánime ante la sociedad. Esa suerte de terapia colectiva (a gritos) donde caen las máscaras y la madre astuta encauza las encrespadas aguas es uno de los momentos mejor logrados de esta novela que José Saramago, como presidente del jurado, elogió calurosamente, al otorgarle el premio Alfaguara 2003.

Una tercera voz, la más desopilante, cómica y febril, es la de Midas MacAllister, un muchacho pobre que escamotea sus orígenes y se ha hecho rico, en negocios de narcotráfico, nada menos que con Pablo Escobar mismo. Hace feliz participe de ellos al otro hermano de Agustina y a su familia, y a su cuadrilla de amigos con apellido ilustre. Un miembro notable, entonces, del cártel de Bogotá, lavadores de dólares que creían, con la complicidad venal de la Dea, que podían engañar al capo antioqueño y delinquir sin problemas.

Son los años ochenta, las bombas vuelan aviones y edificios en retaliaciones mafiosas y lucha contra el Estado, la frivolidad consumista trata de paliar el horror.

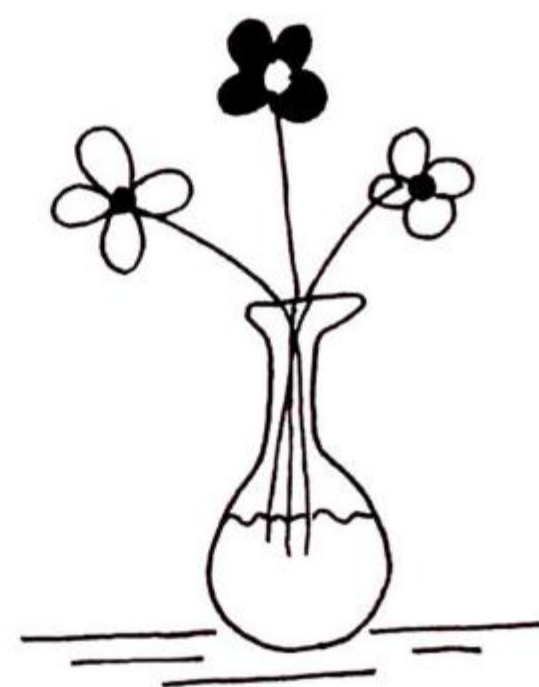
Midas MacAllister, quien dejó embarazada a Agustina y no la acompañó a abortar, regenta ahora un gimnasio. Y más grave que el crimen estúpido, en contra de una muchacha contratada para reanimar, en teatro sadomasoquista, la castrada sensualidad de un amigo, es su rechazo, por razones de buen gusto, de unas parientas de Escobar, paisas estridentes y carrieludas. La venganza implacable de Escobar contra quien ha denigrado al clan familiar, lo obligará a retornar a su pobre barrio de origen y al cobijo de su madre, escondiéndose de sí mismo y del inseguro miedo que se respira en toda la ciudad. Así las voces de Aguilar y Agustina, del abuelo y del amigo, han logrado cercar lo no dicho. Eso callado y oculto con que

personas y sociedad fingen decoro y respetabilidad. Como buena alumna de René Girard, Laura Restrepo ha convertido a Agustina en el chivo expiatorio de un mundo desalmado donde la vida es apenas una desgastada moneda más.

Aquello que se tapa, decora y tergiversa, ha salido a la luz, revelándonos el daño psíquico, en hipocresía y falsedad, que todos padecen:

*Interpretar la vida sexual de la gente como una afrenta personal debe ser una característica ancestral de las familias de Bogotá o quizá justamente ése sea el sello específico de su distinción. [pág. 246]*

Maquillar, fingir con el cariñoso engaño de los diminutivos, falsificar: el ejercicio estilístico para desmontar toda esta farsa y permitir que asome la desnuda verdad, con su impagable costo moral, es lo que confiere fuerza e intensidad a la novela. Lo que la hace a la vez piadosa y desorbitada, con las estridencias propias de un brusco y acelerado cambio social. Es entonces la más personal y dolorosa de las que ha escrito Laura Restrepo (1950), pero a la vez la más cómica y desopilante, como en las escenas donde Agustina visita el apartamento de la primera mujer de Aguilar.



El abuelo no se suicidó: se fue a Alemania. El padre no tomó las fotos ni fue amante de su cuñada. Fue el hijo mayor y la modelo no es la tía sino una sirvienta. En ese mar de equívocos interesados ya no reconocemos el delgado hilo que nos pue-



da conducir a la verdad, máxime si es una loca cuya madre miente la que nos lleva de la mano, revelación tras revelación.



Pero el delirio esquizofrénico de Agustina resulta la consecuencia lógica de tanto fingir lo que no somos y una metáfora justa de ese país donde el hambre y la venganza, la retaliación y la masacre, el rencor y las falsas pretensiones tratan de ocultar en vano una llaga siempre abierta: la de la infinita desigualdad. Ya lo dirá de modo irrefutable el propio Pablo Escobar en la novela, cuando muestra esa rapiña implacable en torno de un plato demasiado escueto para tantas ambiciones insaciables:

*Qué pobres son los ricos de este país, amigo Midas, qué pobres son los ricos de este país. [pág. 82]*

El ropón de lujo para los bautismos y la naturalidad para pasear sus perros ya no serán los únicos signos distintivos de la gente bien. Bien en el sentido, claro está, de quienes tienen bienes. Lo artificioso de un idioma ingenioso y la cínica despreocupación sobre el valor de la vida misma es algo de lo que esta novela ha traído al primer plano, en creativo exorcismo. Si el delirio carece de memoria, esta indagación hábil y recursiva nos ofrece, como saldo favorable de una escritora que latió con sus gentes, como esa pareja central del libro: dio vida en ellos a esos fantasmas recurrentes que nos agobian, con entrañable compasión y

sobre todo con pulso firme de narradora eficaz. Volvió la dura vida perdurable ficción.

JUAN GUSTAVO  
COBO BORDA

## Érase una vez Bogotá

### Ese último paseo

Manuel Hernández Benavides  
Arango Editores, Ediciones Uniandes,  
Bogotá, 1997, 272 págs.

Retazos de historias. Colcha de voces, colcha y no remiendo, es decir, armonía a pesar de la disparidad. Tal es la imagen que viene a mi mente al terminar la lectura de *Ese último paseo*. Sin embargo, tampoco se trata precisamente de una colcha, no, porque para ello tendría que poseer cierta raigambre popular, cierto tono pintoresco, colorido, accesible a cualquier ciudadano. Y, en cambio, a pesar de que esta novela tiene como protagonista de muchas de sus historias inconclusas a personajes netamente populares —como el indigente o el loco del cementerio, por ejemplo— difícilmente podría ser leída por éstos.

Más bien, como experiencia de un intelectual, esta novela encontraría su mejor lector en uno de sus pares; es decir, en uno de aquellos intelectuales colombianos formado ideológicamente en los años setenta, a la sombra del marxismo, el psicoanálisis, la revolución sexual, la guerra fría y el *boom* de la literatura latinoamericana; pero que luego han visto el mundo rendido al poder camaleónico del consumismo y del confort tecnológico.

El argumento es el siguiente: un profesor universitario, que es también el urdidor de la trama, realiza un paseo por el centro de Bogotá con un grupo de personas, entre ellas un antropólogo austriaco-australiano, en el marco de un encuentro de americanistas celebrado en 1983. En

aras del relativo valor de “la autenticidad”, dicho paseo comprende sitios a los que ninguna agencia de viajes llevaría a un turista interesado en conocer la ciudad, tales como el Pasaje Rivas, la Estación de la Sabana, el barrio La Soledad y el Cementerio Central, sitio éste donde la historia del paseo se interrumpe justo con la visita del narrador protagonista —a instancias del antropólogo austriaco-australiano— a la tumba de Leopold Siegfried Kopp, el fundador de Bavaria cuya estatua es centro de romería para suplicantes desesperados y devotos de la megalópolis. Siguiendo el ritual pertinente, el profesor descarga en el oído de la estatua una solicitud personal, que en su caso consiste en reencontrar los manuscritos de una novela escrita por un amigo fallecido hace algún tiempo.

Posteriormente, con el afán de recuperar una maleta sustraída en un robo casero y que contiene las galas de la juventud de su madre, el profesor recurre a un viejo amigo que se mueve en el espacio propio de los pícaros capitalinos, esos que se desenvuelven entre la indigencia, el bazuco y la delincuencia. El contacto con este viejo amigo del colegio no le brinda el resultado esperado. Sí, en cambio, le permite acceder a unos manuscritos, que no son los pedidos al santo patrono de Bavaria, pero que irónicamente parten de un momento trascendental en la vida de don Leopold S. Kopp: la época en que éste luchaba denodadamente por erradicar el bárbaro vicio de la chicha nativa para instaurar el consumo de bebidas civilizadas e higiénicas, tales como su cerveza alemana. Es decir, nos hemos remontado al año 1909 y, gracias a dichos manuscritos, el lector conoce también unas memorias particulares acerca de los tres decenios posteriores de la ciudad.

Continúa luego el relato con un retorno a los años recientes de nuestra historia (hacia 1988): esta vez, en el transcurso de un viaje por la carretera que comunica a Bogotá con Bucaramanga, el profesor se encuentra con un historiador que le